

XIX Domingo del Tiempo Ordinario • AÑO B • Jn 6, 41-51

• Primera lectura • 1R 19, 4-8 • *“Con la fuerza de aquel alimento, caminó hasta el monte de Dios”.*

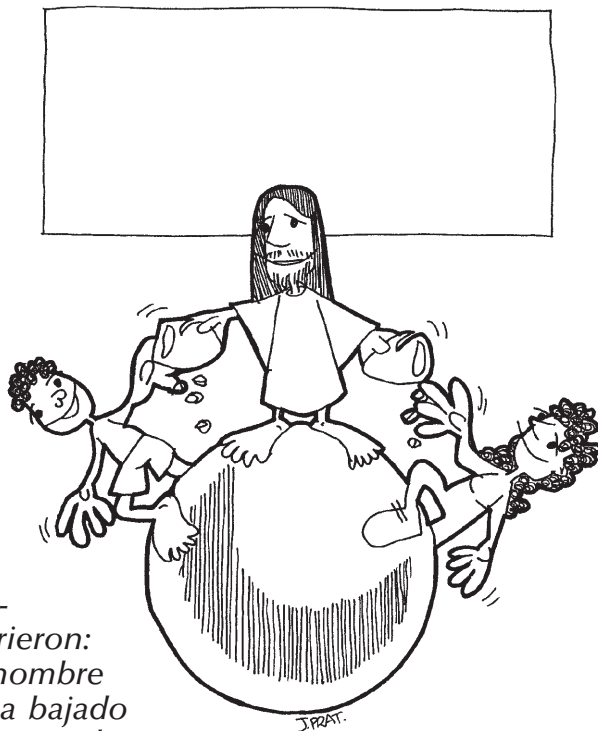
• Salmo • 33 •
“Gustad y ved qué bueno es el Señor”.

• Segunda lectura • Ef 4, 30 • *“Vivid en el amor como Cristo”.*

• Evangelio • Jn 6, 41-51 • *“Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo”.*

En aquel tiempo, criticaban los judíos a Jesús porque había dicho *«yo soy el pan bajado del cielo»*, y decían: *«¿No es este Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo es que dice ahora que ha bajado del cielo?»*

Jesús tomó la palabra y les dijo: *«No critiquéis. Nadie puede venir a mí, si no lo trae el Padre que me ha enviado. Y yo lo resucitaré el último día. Está escrito en los profetas: “Serán todos discípulos de Dios” Todo el que escucha lo que dice el Padre y aprende, viene a mí. No es que nadie haya visto al Padre, a no ser el que me viene de Dios: éste ha visto al Padre. Os aseguro: el que cree, tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron: éste es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo».*



Continuación del Evangelio del domingo pasado, por tanto estamos dentro del discurso del pan de vida en el que Jesús se presenta como el pan de vida, como aquel a quien las personas hemos de seguir, tenemos que adherirnos si queremos participar de la vida plena.

Los judíos no aceptan el mensaje de Jesús, se escandalizan de la afirmación que hace Jesús, murmuraban: *«Yo soy el pan bajado del cielo»*. Y empiezan a recordar la vida de Jesús, sus orígenes, sus antepasados.

Si Jesús hubiese nacido en otro lugar, si hubiese tenido otros padres... Cómo se dice en otros lugares, ¿de Nazaret puede salir algo bueno?

Dios nos desconcierta. Los planes de Dios no coinciden muchas veces con los planes de las personas. Son razonamientos humanos. ¡Cuántas veces los razonamientos matan el Evangelio!

Ese pan de vida, ese pan bajado del cielo es Jesús, el hijo de María, el carpintero, el conocido en todo aquel territorio como artesano.

Es la realidad de la encarnación, que no es solo algo aleccionador, sino que tiene enormes consecuencias en la vida de Jesús. Y que es todo un camino para los que nos decimos sus seguidores. Jesús es un ejemplo a seguir de bien cerca, especialmente por los que somos sus ministros.

No es fácil asumir que Dios se

haga tan cercano, tan familiar. Para aquella gente fue un escándalo. ¿Y para nosotros?

Para asumir toda la realidad de la persona de Jesús hay que recibir la ayuda de Dios Padre. *«Nadie puede venir a mí, si no lo trae el Padre que me ha enviado».*

Tal vez estamos tan acostumbrados a estas cosas que las vivimos como una rutina y no le damos demasiada importancia, ni siquiera nos llaman la atención.

También la Iglesia, siguiendo a Jesús, se encarna y sus misioneros aprenden las distintas lenguas para poder evangelizar y se encarnan en la medida de lo posible en las distintas realidades pero nunca son como los nativos. En

algunos países de África dicen que el tronco por mucho tiempo que esté en el agua nunca llegará a convertirse en cocodrilo. Para decir por ejemplo que los blancos (misioneros...) por mucho tiempo que lleven en África no dejarán de ser blancos, no llegarán a ser como los africanos.

Avanzando en su planteamiento Jesús añade un paso más: la vida eterna: *«Os aseguro: el que cree, tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron: éste es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre».*

La vida para siempre no es sólo una promesa para el futuro, para después de la muerte, por tanto algo que está lejano. Sino que se trata de algo que empieza aquí. Es ahora cuando podemos vivir como hijos e hijas de Dios, cuando participamos de la vida de Dios.



Tomo conciencia de la presencia de Dios en mi vida. Escucho las palabras de Jesús. Como Jesús dice necesitamos la gracias de Dios para penetrar en el conocimiento de Jesús y de lo que él nos dice, por eso se lo pedimos a Dios.

- ¿Que es lo que Dios me está diciendo por medio de este texto?

- La cercanía de Jesús con su mundo me interrogo sobre los apóstoles de ahora. ¿Tenemos en cuenta esta forma de hacer de Dios?

- Jesús habla de vida eterna que Él nos da, de vida de Dios que no es algo sólo para el mañana sino también para hoy.

- Le doy gracias por ese don tan grande y le pido que sepa conservarla aumentarla y difundirla.

- Llamadas

Oro todo lo que Dios me ha ido revelando.



¿NO ES ESTE EL HIJO DE JOSÉ? ¿NO CONOCEMOS A SU PADRE Y A SU MADRE?

Señor Jesús, ¡cuántos malentendidos oírías sobre tu persona! ¿Qué huella dejarían en Tí? ¿Te quitarían el sueño? ¿Hablarias después de ello? ¿Con quien? ¿Con Dios, con los apóstoles, con tu madre...?

Te hiciste tan cercano, te hiciste tan como nosotros que tus paisanos de Nazaret y la gente de tu tiempo, en su mayoría, no llegaron a reconocer en Tí la mano de Dios. No supieron descubrir en Tí al Mesías esperado, al enviado del Padre para ser la luz del mundo.

Te vieron tan como ellos que se cerraron a tu mensaje. No es posible, dirían, que Dios sea de esta forma, tan como nosotros, no es posible que Dios se acerque sin alardes de grandezas, sin palacios, ni vestimentas lujosas, sin ejércitos, sin poder ni imperios...

Y por tanto Tú tomaste este camino para hacerte más comprensible, para poder conectar mejor, para poder llegar a más gente, para hacerte próximo.

Cuando lo pienso bien admiro tu proceso, tu abajamiento, tu cercanía, tu familiaridad... Era un riesgo que asumiste; pero bendito riesgo que nos puso la divinidad a nuestro alcance.

Admiro, Señor Jesús, tu encarnación y la veo hoy totalmente necesaria para tu Iglesia, para tus enviados, si es que queremos que seas reconocido

cercano. Recuerdo también tus palabras: «*Nadie puede venir a mí, si no lo trae el Padre que me ha enviado*».

Dios, Padre nuestro, atrae a Tí, a tu Hijo Jesucristo al mundo de hoy: a los jóvenes y a los niños, a los hombres y a las mujeres, a los ricos y a los pobres para que conozcan a tu Hijo, te sigan y se identifiquen con Él.

Para empezar y continuar la evangelización hay que acercarse a aquellos a los que Tú nos envías. En la medida de lo posible hay que intentar hablar su lengua, comer su comida, tratar de parecerse a los que van a ser evangelizados.

Todo esto es muy importante en el campo de la evangelización. En Tí, Señor Jesús, tenemos el mejor de todos los modelos.

Para evangelizar hay que poner esta tarea en manos de Dios Padre, para que sea Él quien mueva los corazones y les haga comprender la verdad de su Hijo y de su proyecto.



Ver • Juzgar • Actuar

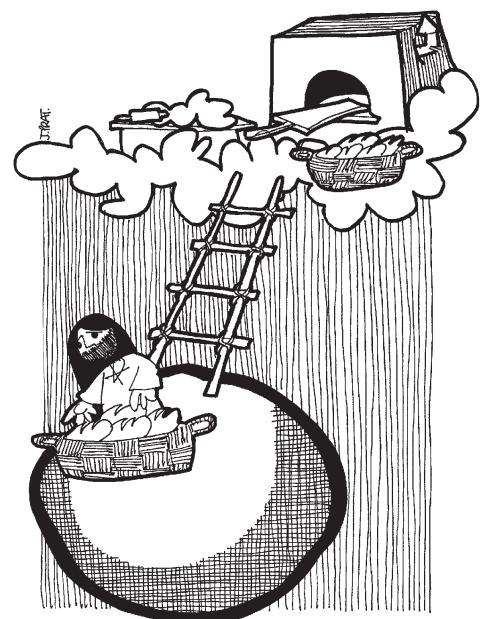
“¡Basta ya!”

VER

Todos, en un momento u otro, hemos exclamado alguna vez: ¡Basta ya! para expresar que queremos poner fin a algo. A veces está en nuestra mano poner fin a ello, pero otras veces esa exclamación se queda en una queja que denota nuestra saturación, nuestro hartazgo por alguna circunstancia o situación negativa que nos supera. La sensación de saturación, de hartazgo, se traduce normalmente en tristeza, mal humor, depresión, sentimiento de impotencia... que nos impiden llevar adelante con normalidad nuestra vida. Y necesitamos y buscamos “algo” o “alguien” que nos ayude para poder seguir adelante.

JUZGAR

Esa sensación de desesperanza ante las contrariedades es la que experimentó Elías, como hemos escuchado en la 1ª lectura: «*se sentó bajo una retama y se deseó la muerte diciendo: Basta ya, Señor*».



Elías, por ser profeta de Dios, se ve perseguido, amenazado, abandonado, hasta el punto de exclamar: «*quítame la vida*». Pero aunque se lo parezca, Dios no lo ha abandonado: «*De pronto, un ángel lo tocó y le dijo: Levántate, come*». Dios, como en ocasiones anteriores, le hace notar su cercanía; pero Elías se siente tan mal que ese primer contacto no es suficiente: «*Comió, bebió y volvió a echarse*». Pero Dios lo comprende, y por eso «*el ángel del Señor le tocó por segunda vez diciendo: Levántate, come, que el camino es superior a tus fuerzas*». Y entonces «*se levantó Elías, comió y bebió, y con la fuerza de aquel alimento caminó... hasta el monte de Dios*». El apoyo que ha recibido de Dios, materializado en ese alimento, es lo que le permite volver a retomar su misión con nuevas fuerzas y nueva confianza, sintiéndose capaz de superar los contratiempos y enfrentarse a sus enemigos.

Ese alimento material, como decíamos la semana pasada, es perecedero. Por eso el Padre, para acompañarnos y darnos fuerzas en nuestro caminar, no sólo nos envió a su Hijo para que nos enseñase el camino y el modo de recorrerlo, sino que por la fuerza del Espíritu el mismo Jesús se hace nuestro alimento que perdura: «*Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto y murieron: éste es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera*».

Otros "panes" sustitutivos son perecederos, quizá nos puedan sostener durante algún tiempo, pero volveremos a sentirnos "hambrientos", abandonados, sin esperanza. Jesús resucitado, presente en la Eucaristía, es el verdadero Pan, que nos ofrece su «*carne, para la vida del mundo*».

Alimentados por Jesús, vamos haciendo realidad esa vida del mundo, porque es lo que nos permite desterrar de nosotros «*la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda la maldad*»; porque viviendo «*en el amor, como Cristo os amó*», vamos siendo «*buenos, comprensivos, perdonándonos unos a otros como Dios os perdonó en Cristo*», y así unos a otros nos vamos acompañando y dando

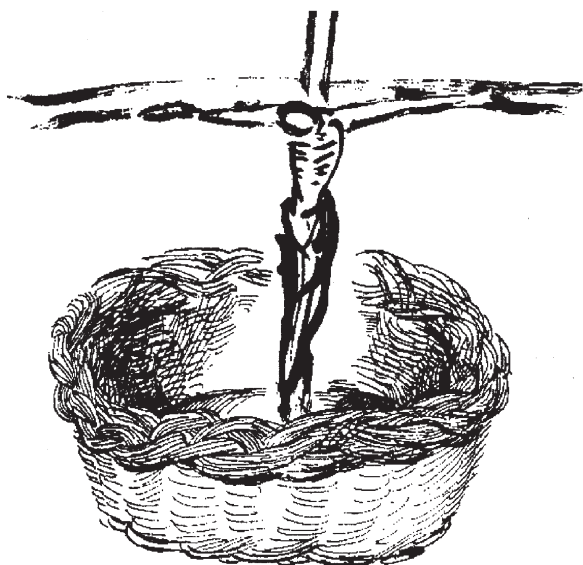


fuerzas para continuar nuestro camino hacia la casa del Padre.

ACTUAR

Estamos a mediados de verano, dentro de unas semanas comenzará un nuevo curso, retomaremos las actividades y el ritmo habitual: ¿Me siento con fuerzas e ilusión para comenzar de nuevo, o noto que me faltan? ¿Hay alguna circunstancia que me hace exclamar: ¡Basta ya!? ¿Caigo en la amargura, en la desesperanza? ¿Qué "alimentos", personales o materiales, me sostienen? ¿Sostengo yo a alguien? ¿Anhele el Pan Vivo que es Jesús en la Eucaristía, le doy el lugar que le corresponde en mi vida? ¿Cresco en bondad, comprensión, capacidad de perdón?

Nunca comprenderemos lo suficiente el gran don que Jesús hace de sí mismo en la Eucaristía. Que la Palabra de Dios que hemos escuchado, que la participación en su Mesa nos mueva a la celebración, interiorizando y haciendo vida lo que sus palabras: «*Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo*», significan para nosotros. Que brote de nosotros el agradecimiento profundo y el deseo de continuar construyendo su Reino, en el camino de la vida, fuertes con la fuerza de la Eucaristía, porque llevamos en nosotros la semilla de la Vida y sabemos que, más allá de las dificultades y obstáculos de todo tipo, nos estamos dirigiendo hacia la casa del Padre.



Acción Católica General
Alfonso XI, 4 5º
28014 - Madrid
www.accioncatolicageneral.es